

El coraje frente a la amenaza y el terror no es un asunto del Estado, sino una obligación cívica, una responsabilidad de los ciudadanos, que atañe a su dignidad y a su inteligencia

Hay dos experiencias propias que han ido formando decisivamente mi respuesta frente al miedo, tras el impacto y el dolor por cualquier atentado terrorista. La primera tuvo lugar en Bilbao, el 13 de octubre de 1997, cuando ETA asesinó al ertzaina Txema Aguirre en la explanada del Guggenheim, pocas horas antes de la inauguración del museo. Ese mismo día almorzábamos en un restaurante de Basurto tres personas: Thomas Krens, entonces director de la Fundación Guggenheim; Marcos Ricardo Barnatán y yo. Entre plato y plato una llamada de teléfono informó a Krens de aquel cobarde asesinato que trataba de amenazar y destruir un proyecto cultural ilusionante, cuyo éxito nunca pudo impedir la violencia de ETA.

Al escuchar la noticia Krens reflejó en su rostro un inmediato estupor, mientras que un escalofrío de miedo nos invadió a los demás. Sin embargo, con el teléfono en la mano y con una energía desbordante, Krens recuperó en una fracción de segundo la compostura y nos dio una lección de coraje y determinación que jamás olvidaré. Habló con Nueva York, con Bilbao y con media docena de interlocutores, a los que transmitió con fuerza argumental su voluntad de no ceder ante el miedo y la amenaza. Con el tiempo comprendí que lo que aquel día me pareció una reacción fría y arrogante, no era otra cosa que una demostración de coraje y dignidad frente a un ominoso terror que pretendía paralizar y cercenar nuestra libertad.

Krens pasó a la historia del museo, a Txema Aguirre se le recuerda y se le ha homenajeado; y el terrorismo siguió golpeando aquí y en otros países del mundo. Sin embargo, el gesto de firmeza y dignidad de Krens o el de los responsables vascos que decidieron a pesar de todo seguir adelante y sin miedo con el programa de inauguración del museo nunca necesitó de reconocimientos posteriores. Fue lo normal, simplemente el cumplimiento de una obligación que deben liderar las instituciones con el respaldo individual de los ciudadanos, expresado en sus comportamientos privados.

La segunda experiencia la tuve el pasado mes de enero en París, el mismo día de los atentados contra la redacción de 'Charlie Hebdo'. Había visitado a mediodía el nuevo edificio de Frank Gehry en el Bois de Boulogne, cuando volviendo al centro de la ciudad las sirenas y las noticias llenaron de tensión las calles y los restaurantes. Pasé la tarde pegado a la televisión y el miedo me fue embargando, mientras veía una y otra vez las durísimas imágenes de un yihadista rematando fría-

mente. Afortunadamente, una cena inaplazable en una pequeña brasserie de la rue Babylone me hizo superar el miedo a salir a la calle. No se habló en la cena demasiado del atentado y de la tensión que se vivía en la ciudad y que se fue incrementando en los días sucesivos, con el cerco a los yihadistas asesinos y con el asalto de otros dos terroristas a un supermercado judío.

Ahora bien, con la naturalidad y el empeño en no detener la vida ordinaria por el miedo súbito, la presencia de muchos parisinos en restaurantes y espacios públicos expresaba que la mejor resistencia al terror de los islamistas y a sus tentativas de intimidación era la de redoblar nuestra voluntad de ser lo que somos: hombres libres. Hombres libres que trabajan o se divierten, que visitan museos o acuden a los estadios de fútbol y que se forman en las universidades, que profesan libremente sus creencias religiosas y que expresan sin restricción sus opiniones políticas e ideológicas, incluso de forma inmediata tras un

doloroso atentado terrorista. Sí, hombres libres, sensibles y solidarios con el dolor de las víctimas, pero también determinados y empeñados en no vivir condicionados y restringidos por el miedo y la amenaza.

Por supuesto, ni se puede ni se debe reprochar el miedo que uncha sentido en alguna ocasión y que estos días han sentido ciudadanos, creadores o deportistas. Muy bien, sí, pero el coraje frente a la amenaza y el terror no es un asunto o una responsabilidad del Estado, sino una obligación cívica, una responsabilidad ciudadana que atañe a los hombres libres, a su dignidad y a su inteligencia. Vivir

con miedo no solo es ceder a la intolerancia y al terror impuesto, sino que también es morir con miedo y sin libertad. El Estado y los poderes públicos tienen que prever, reducir o anular los riesgos y los desafíos que el terrorismo plantea a los ciudadanos. Correcto, pero más allá de eso la democracia no puede estar asustada y en fuga, lo mismo que los ciudadanos no pueden claudicar y renunciar por miedo a esa libertad que refuerza y da sentido a la propia democracia.

A los pocos días de los atentados contra la redacción de 'Charlie Hebdo', una pancarta sobresalía entre la multitud que se dirigía hacia la plaza de la República. Su inscripción simplemente rezaba: «Sin miedo». Eso es, sin miedo a vivir y a ser libres, porque después del dolor y la emoción sentida por las víctimas de un terrorismo cruel e inhumano, nos queda el deber personal e intransferible de reafirmar con nuestros actos la supremacía de una libertad individual que ningún terror podrá vencer.

